

# 10 ESPACIOS SAGRADOS EN ANTOFAGASTA: EL TEMPLO EN MOVIMIENTO

DOI: 10.22199/S07198175.2010.0001.00010

Dr. Luis Alberto GALDAMES

## RESCATE DEL *Patrimonio Material* MÁS ANTIGUO DE LA REGIÓN

DE LAS IGLESIAS PRECORDILLERANAS A LOS TEMPLOS URBANOS



COORDINACIÓN Y EDICIÓN  
ERIKA TELLO BIANCHI

AUTORES  
LAUTARO NÚÑEZ ATENCIO  
JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ PIZARRO  
CLAUDIO GALINO ISACETA

**E**l libro se halla prologado por el sr. Rector de la Universidad Católica del Norte, don Misael Camus Ibacache. La coordinación y edición del mismo estuvo a cargo de Erika Tello Bianchi, y contiene capítulos desarrollados por Lautaro Núñez Atencio, José Antonio González y Claudio Galeno Ibaceta. Las abundantes fotografías son responsabilidad de Lionel Godoy y Claudio Galeno, mientras que el diseño estuvo a cargo de Nelson Torres.

Debo confesar que la tarea que se me ha encomendado para hoy resulta, a no dudarlo, satisfactoria por el contenido y la estética de la obra que se presenta pero, al unísono y en complemento, resulta ardua y difícil en atención a que luego de leer los escritos de los autores, poco o nada interesante puede agregárseles con propiedad, a riesgo de caer en la redundancia inútil. En efecto, estamos en presencia de logradas síntesis sobre la Fe, los sistemas de creencias y valores, las cosmovisiones que los habitantes de la región han representado en contextos histórico-culturales de larga duración. En este sentido, resulta evidente que los productos intelectuales y los discursos disciplinarios que en la obra se expresan, son el fruto de meditaciones largamente acuñadas y elaboradas y no el resultado de la mera improvisación.

Más aún, el Prólogo que nos ofrece el señor Rector de la Universidad, en apretadas páginas con ideas justas, precisas y necesarias, viene a resultar una verdadera síntesis de las síntesis.

Comentario especial merece el cuidadoso registro fotográfico de las Iglesias de la región, ordenadas según el criterio de pisos ecológicos desde la verticalidad del territorio regional. Este corpus exhaustivo ha de convertirse en fuente obligada de futuros estudios sobre la presencia material de la Iglesia Católica en la región y sus interacciones en permanente mudanza con el medio natural y con las poblaciones que se desarrollaron en el litoral, la pampa y los pueblos del interior de Antofagasta. Pero además de fuente, es el cumplimiento de un deber ético e intelectual para preservar como registro visual aquellos templos que el tiempo ha ido mudando y que terminarán por desaparecer total o parcialmente por el paso de los años, los cambios sociales y los estragos de la naturaleza.

---

Dicho esto, mi propósito y comentario para esta ocasión será proponer algunas notas reflexivas que surgieron de la lectura del libro y que me atrevo a insinuar para su eventual discusión.

Permítaseme, entonces, incluir una anécdota que en lo personal me resultó crucial para avanzar en la comprensión más profunda de los fenómenos históricos. Ocurre que encontrándonos en una salida a terreno con alumnos de pedagogía en Historia y Geografía hace ya casi tres décadas, decidimos hacer un alto en nuestro periplo y permanecer en el pueblo de Matilla, junto al lagar que allí existe, en medio de un oasis tranquilo y rodeado por la soledad y el silencio del entorno desértico. Cuando comenzaba a morir el día y la noche iniciaba su despliegue, en ese instante liminar que media entre la luz y la oscuridad, escuchamos el tañido de las campanas de la Iglesia. Unos alumnos emocionados llegaron donde nos encontrábamos para relatarnos que, en conversaciones con gente del lugar, se les había explicado que el doblar de las campanas, según la hora y el número de veces que se tocaban, tenía distinto significado. Para un santiaguino como yo, donde el sonido metálico y vibrante de las campanas se pierde en medio de los ruidos de la urbe, la experiencia resultante no estuvo exenta de profunda emotividad. De inmediato vinieron a mi mente las palabras de Huizinga, ese brillante historiador e intelectual cuando en su famosa obra *El Otoño de la Edad Media* refiere, en unos de sus capítulos cómo el tono, el ritmo y el tiempo de la vida cotidiana de esa época estaban marcados por las campanadas de las Iglesias. Esto lo escribía J. Huizinga varias décadas antes que surgieran la *Historia de las Mentalidades* y posteriormente los *Estudios Culturales*.

Esa vez, también, comencé a percatarme que si uno pretendía acercarse más y mejor a los significados que las comunidades asignan a sus realidades creadas en diferentes épocas y lugares, era menester aproximarse a su comprensión desde un lenguaje que no sólo permaneciera en la seguridad aparente de la descripción fría, sin adjetivos y supuestamente objetiva de los documentos escritos que todavía el viejo positivismo propugna en su ya dilatada trayectoria. En efecto, ciertos temas y asuntos, especialmente aquellos ligados a la trascendencia, parecen estar más dispuestos a la mirada foránea, cuando el diálogo entre épocas y culturas diferentes se desarrolla en los términos que uno podría calificar como cercanos a lo poético, esto es, que lo referido no puede ser contado sino desde unas palabras que lo aluden con la metáfora y la analogía. A mayor abundamiento, algo similar sucede con las imágenes. Nuestra formación en el lenguaje escrito ha sido prolongada y eficiente en general, pero somos básicamente analfabetos en la observación de imágenes, cuyos códigos tienen otras lógicas que las del lenguaje escrito. Resulta

casi incomprensible que gran parte de la Humanidad haya transcurrido su existencia sin lenguaje escrito y que en la actualidad y en otro contexto, sea otra vez el lenguaje icónico el que predomina en los procesos de información y de comunicación. No obstante, pocos son los que manejan con propiedad estos mecanismos. El lenguaje escrito es lineal y analítico; el lenguaje de las imágenes es de carácter sintético. Sólo después de haber recibido el impacto de la imagen estamos en condiciones de comenzar a desglosar sus contenidos. Los iconos religiosos y los mismos templos se hallan más ligados a la imagen y la prédica desde la oralidad y no necesariamente desde la escritura.

Sin perjuicio de lo sostenido en la obra en cuanto a relevar la particularidad que presentan los templos católicos en la región y que le dan un carácter singular, esto es su sello histórico, no está de más insinuar algunas cuestiones de carácter universal que contextualizan precisamente la singularidad.

Frente a una cuestión tan compleja y discutible como lo es el referirse a las relaciones entre los seres humanos y la Divinidad y la posibilidad de conocerlas, ante la fuerte tradición epistemológica que distingue entre mente y cuerpo, entre cultura y naturaleza y otras formas analíticas y duales que fueron acogidas con fervor por las ciencias naturales, no puedo sino apelar a los planteamientos de Juan Bautista Vico, uno de los precursores de las ciencias sociales, cuando sostiene que somos capaces de conocer la obra humana porque es creación propia y que, por el contrario, no es posible conocer la naturaleza que, por tratarse de creación divina, sólo Dios puede dar cuenta de ella.

Asumiendo este supuesto, el estudio de los templos es inseparable de lo sagrado, de los tiempos y espacios profanos en oposición a los sagrados.

Por lo que dice al espacio, la ubicación de los lugares sagrados o habitados por espíritus del lugar es más evidente la lógica andina – atacameña en la obra que nos ocupa- que rige su elección. Como se prolonga parte de ella en el período colonial, también explica la posterior construcción de los templos católicos, erigidos en un inicio sobre las antiguas waqas; durante la república, las nuevas Iglesias se erigirán allí donde se encuentran concentradas las poblaciones y, por ende, donde se llevan a cabo las actividades extractivas y comerciales en medios urbanos modernos, allí donde la religiosidad popular viene a convertirse en una aproximación propia a la divinidad, más lejana del modo europeo conocido hasta entonces.

Cuando el europeo español extendió sus dominios a las tierras americanas, los Andes se convirtieron en un objetivo particularmente atractivo; y al ser dominado, no sólo desapareció el Tawantinsuyu, también cayeron Inti y Wirachocha. Si bien

---

el dominio sobre los territorios productivos se manifestó en la génesis de instituciones nuevas como la encomienda y las mercedes de tierras, así como en una organización política con autoridades de nuevo cuño y creación de reducciones de pueblos de indios, los procesos de evangelización no resultaron simples ni automáticos. Pese a la prédica cristiana, que tuvo distintas modalidades según la orden religiosa que tratara con las poblaciones andinas y los momentos en que ocurría, estas últimas, violentamente desestructuradas en su forma de vida, conservaron muchas de sus creencias y prácticas religiosas ancestrales.

Las oquedades en los cerros (los tojos) o en la tierra llana continuaron siendo lugares de conexión entre el mundo de aquí y de ahora con el universo de lo de adentro; determinados cerros, por su ubicación y características, fueron sus ángeles tutelares. Lo mismo reza para los árboles y un conjunto de elementos de la naturaleza. Acaso el principal de ellos haya sido la piedra. Relatos sobre lito-transformaciones son abundantes en algunos cronistas mestizos e hispanos, ya sea porque la piedra se convierte en ser humano o porque divinidades devienen en pétreas figuras. Este tipo de relatos todavía tienen vigencia en los pueblos andinos del norte de Chile. También se puede recordar el valor atribuido a las conopas, o el asignado a las wankas, piedras oblongas ubicadas en el centro de una chacra o de un lugar sagrado para el poblador del Ande. Ese centro, denominado chawpi o taypi, son lugares de adoración, al igual que lugares en que se encuentran fuerzas en oposición, como es el caso de lo que se denomina el tinqu o palqa. O mencionar, además, aquellos espacios que marcan el final de un territorio y el inicio de otro, como es el caso del punqu, que alude a la idea de puerta o portezuelo. En este sentido, cómo olvidar la antigua y siempre vigente apacheta, que se la ubica en cruce de caminos, o al pasar por un abra. Todos estos lugares, según el momento de que se trate, son lugar de culto y motivo de algún ritual. Sabemos que las wilanchas se realizan en lugares que conforman esquinas, como en los ángulos exteriores de las iglesias, o que las ya mencionadas apachetas reciben ofrendas de piedra o fueron mochaderos desde tiempos inmemoriales. En todas estas realidades sagradas se produce la conjunción de tiempo y espacio en una dimensión que no sólo permite sino que, además, obliga a comunicarse con los espíritus del lugar.

Se trata, al parecer, de expresiones tanto religiosas como animistas que con la colonia y la república se resignifican, desapareciendo parte de ellas, sumándose otras y produciéndose cruces culturales de difícil comprensión. Sabemos, a guisa de ejemplo, que para cambiar la techumbre de un templo católico en la actualidad, es oportuno contar con los permisos de las autoridades locales de la precordillera y, adicionalmente, llevar a cabo algún ritual.

Lo divino solía ser concebido como una entidad que podía ser proveedora de fertilidad cuando el poblador andino le correspondía recíprocamente con los dones que le eran pertinentes. Por el contrario, el no cumplimiento de las ofrendas en el modo requerido por el espíritu del lugar, solía producir graves consecuencias para el incumplidor. Cuando la comunidad en su conjunto entraba en esta última categoría, la tradición oral cuenta de horribles castigos conocidos en los Andes como pachacutec. Muchas de estas tradiciones son el resultado, probablemente, de la influencia cristiana en que lo divino tiene básicamente los rasgos del Dios vetero testamentario. Parece que la necesidad imperiosa de cumplir con las obligaciones económicas y sociales en un medio difícil, provocaba la sensación de vivir una existencia en precario equilibrio. El temor al caos y la necesidad del orden, tenían un correlato en su relación con lo sagrado.

En *Lo Sagrado y lo Profano*, Mircea Eliade nos señala que en las grandes civilizaciones orientales el templo es una imago mundi, la reproducción terrestre de un modelo trascendente. Ya con el judaísmo se hereda esta idea del arquetipo celeste. Una vez más, es el espacio sagrado que se opone al espacio profano.

Si el Templo es una imago mundi, es porque el Mundo, en tanto obra divina, también sagrado. El Templo resantifica al mundo continuamente, puesto que lo representa y al propio tiempo lo contiene. Así, cualesquiera sean las impurezas, el mundo se purifica permanentemente por la santidad de los santuarios,

La experiencia del espacio sagrado hace posible la "fundación del mundo": allí donde lo sagrado se manifiesta en el espacio, lo real se desvela, el mundo viene a la existencia.

En este orden de cosas, el rito es el medio por el cual se reactualiza la Creación. Por ello el ser humano sólo puede vivir en un mundo sagrado, porque sólo un mundo así participa del Ser y existe realmente. Su terror ante el caos que lo rodea corresponde a su temor a la nada, a la realidad carente de significado y, desde esta perspectiva, un mundo sin significado es insoportable.

El olvido y la memoria se entrelazan en la existencia del templo. En él, la experiencia del tiempo sagrado es lo que permite al humano religioso reencontrarse periódicamente con el Cosmos tal como era al principio en el instante de la Creación.

El misterio se volvió dogma y el dogma se reiteró en el rezo, el discurso ofrecido en el ritmo de la misa, ámbito ritualizado en el que el sacerdote realiza el oficio eclesiástico y, en la representación popular, los fieles entran en contacto con la divinidad.

---

Mediante la cultura oral, el rito y la oración se convierten en el vehículo más eficiente de la reiteración dogmática: se aprende por repetición; se socializa por el rezo y, mediante el ritmo verbalizado de la oración, se llena de sonidos especiales el territorio único de la Iglesia. El domingo se reduce a un tiempo diferente, fundado en la exclusividad frente al conjunto de los demás días de la semana. Esta conjunción de tiempo, territorio y voz colectiva, se amalgama en la ceremonia de la comunión grupal de los creyentes, unidos por el rito.

El rito de la misa construye, pues, una identidad colectiva, es un acto simbólico de excepción que corta el tiempo diario y lo condensa en un territorio singular, elevado a la condición de sagrado: la Iglesia, nombre que designa un espacio específico, un templo; y una institución en su conjunto, es un todo amalgamado en una sola palabra,

En el templo, finalmente, se preservan todas las temporalidades del lugar, pero resignificadas por los fieles. Los que hablan el mismo lenguaje reconocen que pertenecen a un mismo mundo, ahora culturalmente heterogéneo. En síntesis, el templo aparece como un lugar de identidad relacional, de un espacio existencia, como diría Merleau Ponty.

Justamente por la riqueza que ofrece por las cuatro esquinas el libro que comentamos, no cabe sino agradecer el esfuerzo de su editora y coordinadora y el apoyo institucional de la Universidad para su publicación.

Una de las maneras más nobles de una institución dedicada al saber y a la formación de profesionales universitarios, es vincular respetuosamente su quehacer académico con la comunidad a la que se debe. Es un modo de mantener un sentido de reciprocidad con la comunidad local y académica pero, también, salvar del olvido la memoria de los achachilas, de los abuelos que construyeron realidades y cimentaron la singular historia de Antofagasta.

**Dr. Luis Alberto GALDAMES**  
Universidad De Tarapacá - Arica  
lgaldame@uta.cl